

sensible y odiosa de la dominación Romana, con todas sus injusticias, tiranías y violencias. Así que decir publicano y señalar el tipo más odioso y aborrecible a los judíos era lo mismo.

En Cafarnaúm había muchos de éstos de todas clases, por haber allí aduana a causa del poderoso tráfico de la plaza. Uno de ellos, que entonces se llamaba Levi de Alfeo, pero después fué más conocido con el nombre de Mateo (don de Dios) tenía a la salida de Cafarnaúm su garita en la que cobraba el portazgo o los tributos que le correspondían. Y un día poco después de este suceso del perdón de los pecados, «salió Jesús y dirigióse al mar. Toda la gente le seguía. Al pasar vió el Maestro a Levi de Alfeo sentado en su garita, y le dijo: Sígueme. Y Levi Mateo se levantó al punto y le siguió».

Aventura grande de parte del Maestro meter así a un publicano entre sus discípulos, y resolución hermosa en un publicano, dejarlo todo, por seguir a un Maestro pobre.

Pero Jesús no había venido a proceder en su evangelización conforme a los planes humanos. Y aunque sabía que se habían de escandalizar de su conducta los fariseos y escribas, determinóse a quitarles un susto y un escándalo con otro mayor, que de una vez les señalase la línea santísima de conducta que él pensaba seguir.

Porque Mateo, como para despedirse sin duda de sus amigos, y para congraciarlos tal vez si podía con el Maestro y atraerlos a él, «preparó a Jesús en su propia casa un gran banquete. Y cuando ya Jesús estaba reclinado a la mesa (entonces para comer se reclinaban en unas camillas que estaban en vez de las sillas alrededor y a la altura de las mesas) he aquí que empiezan a entrar y van sentándose muchos pecadores y publicanos junto a Jesús y sus discípulos: pues eran muchos los que ya le seguían».

«Y viendo los fariseos y escribas que estaban comiendo con los publicanos y pecadores, murmuraban y decían a sus discípulos:

»—¿Cómo vuestro Maestro come y bebe con los publicanos y pecadores?»

«Oyóles Jesús y les dió esta respuesta:

»—No son los sanos los que necesitan del médico, sino

los enfermos. Id a estudiar lo que significan aquellas palabras: más estimo la misericordia que el sacrificio. (Que era una sentencia del profeta Oseas). Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a la penitencia».

Fina respuesta, llena de dulce ironía y de profunda teología y de suavísima esperanza para todos. Porque todos somos pecadores, y a todos ha venido a buscar Nuestro Señor Jesucristo, y solo aquellos quedarán sin parte de su misericordia que soberbios piensen que no son pecadores. Los demás, los que, aunque culpables, somos lo bastante humildes para reconocerlo, seremos buscados por el Buen Pastor y recibidos por el dulce Maestro con aquel amor y bondad con que fueron recibidos todos aquellos publicanos y pecadores amigos de Mateo, que estuvieron mano a mano a la mesa con él.

Mal iban quedando los fariseos que tan odiosamente seguían espionando los actos del Maestro de Israel. Cada paso que daban les iba resultando una nueva confusión. Mas no se rendían. Pronto se les ofreció nueva manera de censurar al Maestro.

72. EL ESPOSO

(L. 5, 33-39; Mc. 2, 18-22)

Dábales ocasión aquel mismo banquete que estaban viendo, que de creer es que no sería escaso ni desanimado. Tal vez el día en que se daba era alguno de aquellos en que los fariseos y los discípulos de Juan Bautista ayunaban, por alguna de sus tradiciones. Y deseosos de robustecer su propia autoridad, aquellos fariseos, que en otros tiempos habían despreciado y perseguido a Juan Bautista, a quien ellos, más aún que Herodes, habían encerrado en la cárcel, esta vez se juntaron con los discípulos de Juan para desprestigiar, si pudiesen, a Jesús, con el prestigio del Bautista, tan venerado siempre, y tal vez más entonces, por lo mismo que no estaba a la vista.

Juntándose, pues, «los discípulos de Juan y los de los fariseos que ayunaban, se acercaron a Jesús y le dijeron:

»—Y por qué los discípulos de Juan ayunan con frecuencia, y hacen oraciones y lo mismo los discípulos de los fariseos, y en cambio los tuyos comen y beben?»

«Y Jesús les dijo:—¿Queréis hacer ayunar a los amigos del Esposo mientras está el Esposo con ellos? Ya vendrán días en que se les arrebatará el Esposo, y entonces en esos días ya tendrán que ayunar».

«Y les añadió esta semejanza:—Nadie saca un remiendo de un vestido nuevo para un vestido viejo; porque si no, rompe el nuevo y el remiendo del nuevo no cae bien al viejo. Nadie cose un remiendo de paño recio a un vestido gastado, porque si no, tira el remiendo nuevo del viejo y el rasgón se hace mayor. Nadie mete vino nuevo en pellejos viejos; porque si no, el vino nuevo rompe los pellejos, él se derrama y los pellejos se pierden: el vino nuevo se mete en pellejos nuevos, y así se conservan los dos. Nadie acostumbrado a beber vino añejo se hace de pronto al nuevo, sino que dice: mejor es el viejo».

Les quería decir que no se empeñasen en que sus discípulos de la nueva doctrina y ley que él traía, se redujesen a las normas antiguas que ellos, discípulos de Juan Bautista y de los fariseos, les querían imponer. Mis discípulos son vestido nuevo, paño fuerte, vino reciente. Vosotros sois vestido viejo, ropa gastada, odres usadas. Id por vuestro camino, y dejad a mis discípulos ir por el suyo o por el que yo les enseñe. Ahora os disgustan estos usos, también disgusta el vino nuevo al que está acostumbrado al viejo. Pero ya vendrá tiempo en que este vino del Evangelio atesorado en los vasos de la religión nueva que yo fundaré, sea incomparablemente más suave y dulce que vuestras leyes y ceremonias.

Y por de pronto, dejad a mis discípulos que no hagan penitencia mientras están conmigo. Ya la harán después, cuando por la predicación del Evangelio, los envíe como ovejas entre lobos, para que éstos les echen sus garras, y los arrastren por concilios y cárceles, y los azoten en las sinagogas, y los hagan odiosos a todo el mundo, y los entreguen a la muerte, que es la perspectiva que yo mismo les profetizaré, cuando llegue la hora de separarme de ellos. Ahora que tienen consigo al Esposo, y mientras duran las bodas, dejadlos gozar un poco y tener paz, hasta que les quiten al Esposo, que será cuando a mí me quiten la vida.

Y con esto los dejó. Los fariseos volverían escandaliza-

dos a Jerusalén y delatarían allí al Sanedrín, lo que habían visto. Poco después de ellos iba muy pronto a presentarse el mismo Jesús a escandalizar más aún a aquellos hipócritas soberbios, para quienes el Mesías iba a ser causa de ruina, como lo profetizó Simeón.

Había ya transcurrido el año desde la primera pascua que estuvo Jesús en Jerusalén, y se acercaba la segunda, en la que de nuevo iba a ir al templo, donde conocido ya de los fariseos, él mismo en persona iba a afrontarlos en su propia sede, a convertirlos, si quisiesen, a humillarlos y confundirlos si se obstinaban y le resistían.

73. SEGUNDA SUBIDA Á JERUSALÉN

(J. 5, 1)

De seguro que aquellos fariseos comisionados para examinar lo que Jesús hacía en Galilea, vueltos a Jerusalén y presentados al Sanedrín referirían lo que habían visto, y no de seguro con fidelidad, sino con los colores y la parcialidad que la pasión propia y el deseo de satisfacer los prejuicios de los príncipes y sacerdotes les inspiraban.

Y sabiendo el espíritu de religión y observancia con que el Nazareno procedía en todo, prepararían, entre todos, sus planes para la próxima pascua en la que sin duda vendría el Profeta al templo como había venido el año pasado.

En efecto, al poco tiempo llegó esta pascua y Jesús sea solo, sea con otros de aquella tierra, fué a Jerusalén. Visitó sin duda ante todo el templo, y no sabemos los primeros sentimientos que su venida pudo producir en la ciudad. Porque de seguro que fué desde el principio bien conocido de muchos y al poco tiempo de todos.

74. UN PARALÍTICO DE TREINTA Y OCHO AÑOS

(J. 5, 2-18)

Un día yendo al templo se acercó a una de sus puertas que caía al ángulo nordeste del templo y que era llamada Probática, es decir, de los rebaños o de las ovejas, donde parece que se reunían en algún tiempo las reses destinadas al sacrificio. Era bastante capaz sin duda, pues tenía cinco pórticos.

Junto a esta puerta estaba una piscina llamada Bethesda o casa de misericordia. Allá se dirigió Jesús. Y el Evangelista nos refiere el caso de esta manera:

«Yacía en los pórticos gran multitud de enfermos, ciegos, cojos, tullidos, esperando el movimiento del agua. Porque de tiempo en tiempo bajaba un ángel del Señor a la piscina y agitaba el agua. Entonces el que se sumergía el primero después de la agitación del agua quedaba sano de cualquiera enfermedad que tuviese. Había pues un hombre allí que llevaba treinta y ocho años en su enfermedad. Viéndolo Jesús tendido, y sabiendo que llevaba ya mucho tiempo, le dijo:

»—Quieres ponerte bueno?

Y le dijo el enfermo:

»—Señor, no tengo un hombre que cuando se agite el agua me eche en la piscina; y así para cuando yo voy ya ha bajado otro antes que yo.

»Dícele Jesús:

»—Levántate, toma tu camilla y camina.

»Y al momento quedó sano el hombre, y tomó su camilla y se marchaba».

No sabemos cuándo comenzaron estos prodigios de esta piscina. La más probable creencia es que Dios para preparar con señales prodigiosas la aparición del Mesías así como hizo otros prodigios, por ejemplo el de la estrella de los Magos, así hizo este durante algún tiempo. Tampoco dice el Evangelista que el ángel viniese visiblemente; al contrario, parece que lo que se veía era solo el movimiento que él causaba, y se creía que era un ángel por la tradición o natural atribución que suele hacerse a ellos de los prodigios, muchas veces. Ni en fin se dice claramente la enfermedad que tuvo este pobrecito, aunque todas las señales son más que de otra cosa de tullido. Hacía treinta y ocho años que estaba así; era, pues, arraigada su enfermedad; pero no dice el Evangelista, ni es verosímil, que todos estos treinta y ocho años viniese a la piscina. Y el no tener hombre era o porque otros los tenían ocupados, o porque los milagros sucedían principalmente en sábado y entonces no querían trabajar ni aun esto poco de caridad.

Iba, pues, nuestro pobre enfermo alegre y regocijado

al templo, arremolinando en pos de sí inmensa muchedumbre y llamando la atención de todo el mundo.

Y le vieron entre otros los Judíos, es decir, los Príncipes y Fariseos y Doctores, y ¡qué escándalo para aquellos supersticiosos observadores del sábado a su manera, ver que allí mismo a sus ojos, en el recinto del templo se quebrantaba de esta manera el sábado! De seguro, (se dirían) que anda aquí el Nazareno!... Abriéronse, pues, paso entre las turbas y llegando al enfermo que venía cargado con su camilla, le dijeron:

«—Hoy es sábado, no puedes llevar tu camilla.

»—Pues el que me ha dado la salud (respondió él) es el que me ha dicho: Toma tu camilla y marcha.

»—Y ¿quién es ese hombre (le preguntaron) que te ha dicho: Toma tu camilla y anda?»

El paralítico entonces debió tender una mirada para señalárselo; pero «como Jesús se había retirado de la turba que se arremolinó en aquel sitio, el que se había curado no supo decir quién era».

El paralítico se dirigió al templo, donde querría dar gracias a Dios, y «allí en el templo le halló Jesús y le dijo:

»—Mira, has sido curado; ya no peques, no sea que te venga otra cosa peor».

Se conoce que aquel paralítico había recibido su enfermedad por pecados suyos. ¡Y cuántas veces nuestras enfermedades son o efecto natural o castigo de Dios por el pecado!

Con este motivo el paralítico que conocía de vista a Jesús lo conoció de nombre, y fuese al punto derecho a los judíos y les dijo que quien le había dado la salud era Jesús. Ya se lo sospechaban ellos, por las noticias que habían traído los comisionados de lo que en Galilea habían visto. «Y por esto empezaron a perseguir los judíos a Jesús: porque hacía estas cosas en sábado».

Es decir, perseguirle lo perseguían por muchas causas, y sobre todo por envidias y celos torpes; pero para dar aspecto de justicia y de piedad a sus planes tomaron pretexto de las curaciones sabatinas, que Jesucristo hacía muchas veces, no precisamente por molestar a los judíos, sino porque ocurría tener más ocasiones de hablar y obrar con el pueblo en los días festivos y de reposo.

75. JESÚS SE DICE HIJO DE DIOS

(J. 5, 19-20)

Fueron, pues, a pedirle cuenta de aquella flagrante y pública violación del sábado, y como jefes y doctores del pueblo santo le pidieron, y tal vez con autoridad y como oficialmente, cuenta de su conducta.

Bien pudiera Jesús haberles dicho, que él no faltaba a la ley de Dios, ni violaba el sábado, tal como lo había dado Moisés, porque la ley del sábado no impedía nada razonable, necesario y caritativo. Y que lo que ellos llamaban observar el sábado no era sino un cúmulo de tradiciones suyas, argucias, supersticiones, meticulosidades ridículas que a ningún judío podían obligar nunca. Pero esta vez no quiso decirles nada de esto, sino que tomando ocasión de aquí se puso a enseñarles la doctrina más alta de todo su evangelio, y a explicarles ya claramente cómo él era Mesías, y no solo Mesías sino Hijo de Dios y Dios mismo, enviado para que todos ellos le creyesen so pena de condenación.

Afrontando resueltamente su oposición, como quien no tenía nada por qué temerlos, ya que era dueño de la vida, y solo cuando él quisiese se había de dejar matar, tuvo con ellos un discurso y una disputa en la que definitivamente les dijo sin rodeos lo que él era, lo que venía a hacer, lo que ellos tenían que aceptar, en una palabra, todo cuanto después había de explicarles, todo lo que en adelante sería objeto de sus discusiones, todo lo que les había de dar ocasión de procesarle y llevarle a la muerte.

El sitio no podía ser más augusto, pues estaban en el templo.

El auditorio no podía ser más autorizado, pues estaba ante los príncipes y doctores de Israel.

La ocasión era bien pública, pues estaría sin duda toda la muchedumbre que solía congregarse en estas fiestas, que era muchísima.

El tono que revistió esta vez la palabra de Jesús no era el sencillo con que había hasta entonces en general hablado a las turbas de Galilea, a los labradores y campesinos del Norte. Tampoco se hallaba entre ellos sino ante lo

más ilustrado de Israel, ante los más sabios teólogos y rabinos, que le pedían cuenta de quién era y del modo como obraba.

Estos infelices, soberbios y orgullosos como eran, no se habían fijado en los milagros que Cristo hacía, que sin duda algo debían valer y algún respeto les debían infundir, sino que veían en Jesucristo al mismo que habían visto la primera vez, uno que sin ser doctor, ni haber cursado letras, se les ponía de pronto de frente, y sin pedirles autorización ni formar con ellos compañía ni siquiera rogarles apoyo, él por sí y ante sí, *tanquam potestatem habens*, como quien tenía potestad, y potestad superior a todos ellos, los desautorizaba, los arrinconaba, los anulaba ante el pueblo, sobre todo desde que violaba sus ridículas minucias y reglitas supersticiosas.

Creyendo pues que ya no se podía tolerar más tiempo al atrevido Nazareno, después de haber oído al paralítico, y preparado su demanda fuéronse a Jesús y le pidieron cuenta de por qué faltaba de aquel modo escandaloso a las leyes del sábado.

Y Jesús dejando otras respuestas, les respondió:

«—Mi Padre trabaja hasta ahora; pues yo también trabajo».

Esta respuesta los desconcertó. Ellos venían creyendo cogerle como infractor de la ley, como pecador, como escandaloso, y ya por esto pensaban apedrearle, y Jesús les dice resuelto una verdad estupenda en que ellos no habían pensado:—Vosotros me preguntáis por qué quebranto el sábado? Pues sabed que mi Padre, Jehová, no ha cesado de su trabajo, ni aun los días festivos, pues está conservando y gobernando el mundo todos los días. La obra de la creación cesó el séptimo día, pero su trabajo sigue siempre, y hasta ahora, hasta hoy que es sábado. Y como él trabaja también yo. Y si no es mi Padre reo de culpa por lo que hace, pues tampoco lo soy yo.

Al oír esto los judíos resolvieron más aún a quitarle la vida, porque «no sólo quebrantaba el sábado, sino que decía que Dios era su Padre, y se hacía igual a Dios».

«Jesús entonces les respondió:

»—En verdad, en verdad os digo: no puede el Hijo hacer

por sí ninguna cosa, sino lo que vea hacer a su Padre: porque todo lo que él hace, eso lo hace igualmente el Hijo: Porque el Padre ama al Hijo y le manifiesta todo cuanto hace, y le manifestará todavía otras obras mayores, para que os asombréis».

Profundísima doctrina en la que el teólogo tiene bien que ahondar. Según ella el Hijo, y por tanto Jesucristo, hace todo lo que hace el Padre, y obra con él idénticamente. Forma por tanto una naturaleza con el Padre, y aun cuando es distinta persona, es tan uno y tan igual con el Padre, que es una misma esencia con él, y tiene idéntica operación con él. Es verdad que en razón de origen, no de dignidad, ni de causa, el Hijo no hace nada sin ver al Padre hacer, pero lo que el Padre hace, por el amor esencial que tiene al Hijo, se lo demuestra, y de tan maravillosa manera que, lo que no sucede en las causas criadas, el Hijo ve lo que hace el Padre, y hace eso mismo que ve hacer al Padre. Y así aquella curación del sábado y todo lo que en los sábados había hecho, lo vió sin duda hacer al Padre, y él lo había hecho, porque el Padre se lo había manifestado. Y le manifestaría en adelante más obras, y más maravillosas para que obrase mayores milagros.

¿Cuándo y cómo muestra el Padre al Hijo lo que hace?

Cuando al engendrarlo en su eternidad sin sucesión le da su naturaleza y sus atributos y su ciencia. No pretendáis entender esta generación altísima del Hijo, del Verbo por el Padre, porque yace en lo más hondo e impenetrable del tesoro de riquezas de la divinidad, inaccesible a los ojos humanos. El Padre al engendrar al Hijo le manifiesta su ciencia no como nosotros a nuestros discípulos, sino de un modo mucho más alto, comunicándole su inteligencia misma, su mismísimo ser inteligente y lleno de su ciencia infinita y divina.

Y aunque todo se lo manifiesta desde la eternidad, y el Hijo lo ha visto todo desde el principio, dice sin embargo que el Padre le manifestará más cosas en adelante, no porque ya no le hubiese manifestado todas, sino porque habla a nuestro modo humano, designando el efecto: y la obra externa, y como si entonces le manifestase lo que hace, cuando en efecto se produce la acción externa.

Misterios admirables y profundísimos! ¿Acaso hay otros más admirables ni profundos?...

76. EL SEÑOR DE LA VIDA

(J. 5, 20-47)

Y para explicarles ya en general las obras que en adelante había de hacer para llenarlos de asombro, y para que viesen cómo él era dueño de hacer como su Padre no solo una sencilla curación, como la del paralítico, lo cual solo era moderar la vida, sino aun la misma resurrección, que era devolver la vida y disponer de ella como absoluto dueño de ella; más aún, para que supiesen que él como Dios e Hijo de Dios era Señor absoluto de la vida y no solo de la vida de los cuerpos, sino también de las almas, siguió hablándoles de esta manera:

«—El Padre le mostrará a su Hijo obras aún mayores, tales que quedaréis asombrados. Porque así como el Padre resucita los muertos y da la vida, así también el Hijo da la vida a los que quiere. Porque el Padre no juzga a nadie, sino que todo el juicio se lo ha dejado al Hijo, para que todos honren al Hijo, como honran al Padre; el que no honra al Hijo no honra al Padre que le ha enviado.

Es decir: Mi Padre es Señor de la vida, y yo también lo soy con él. Tanto más que el Padre para honra del Hijo, al enviarle a este mundo y hacerle hombre, le ha dado el poder judicial, no porque él también no juzgue con el Hijo, sino porque a su persona ha encomendado el ejercicio de este juicio, de convocarlo, de pronunciar la sentencia y de ejecutarla. Por donde Jesucristo es juez de los hombres, y como tal da y quita la vida temporal, y también da y quita la vida eterna, y en el último día en que resucitarán todos para ir al juicio el Hijo dará la vida a todos los muertos, y señalará a cada cual la gloria o vida eterna y la condenación o muerte eterna, según le hayan o no honrado y obedecido. Para que así todos los hombres aprendan y vosotros también aprendáis «a honrar al Hijo, como honran al Padre».

»En verdad, en verdad os digo que quien oye mi palabra y cree al que me ha enviado tiene vida eterna, no

viene a condenación, sino que ha pasado de la muerte a la vida».

«En verdad, en verdad os digo que llega la hora, dentro de muy poco, en la que los muertos van a oír la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán. Porque así como el Padre tiene en sí mismo la vida (es decir, es Señor de la vida) así ha concedido al Hijo tener en sí mismo la vida (es decir, ser Señor de ella). Y le ha dado el poder de ejercer el juicio, porque es el Hijo del hombre».

Cuando dijo Jesús que él era el Hijo del hombre entendieron todos sin duda lo que quería decir, es a saber que él era precisamente un personaje divino que Daniel había visto en una visión bajar en las nubes del cielo *como el Hijo del hombre*, y llegar al trono del Padre, donde le ofrecieron y le concedió el Padre poder y honor y reino, y que todos los pueblos y tribus y lenguas le sirviesen. Jesús al decir que el Padre le había entregado el poder de ejercer el juicio porque él era el Hijo del hombre, quiso decir a los judíos, y así se lo entendieron, que el Padre le daba este poder a él, precisamente por ser el Hijo humanado de Dios, y tener por tanto derecho como Hijo de Dios a juzgar al género humano, y un título especial relativo a los hombres, por ser el Hijo hombre también, y el principal y redentor de los hombres. Ninguna palabra, pues, más propia para expresar los fundamentos de haber sido él hecho Juez de los hombres que la de Hijo del hombre.

Asombrados debieron quedar los judíos al ver las sublimes prerogativas que aquel Carpintero de Nazaret se atribuía en el Templo de la Capital de Jerusalén delante de tantos príncipes y doctores. Mas advirtiendo Jesús su extrañeza y admiración, les dijo:

«—No os admiréis de esto, porque llega la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios: e irán los que hubieren obrado bien a la resurrección de la vida y los que hubieren obrado mal a la resurrección de la condenación. Yo no puedo hacer por mí mismo nada. Juzgo según oigo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado».

Naturalmente los judíos que tantas y tan grandes cosas le oían afirmar de sí mismo, le debieron significar que tra-

jese alguna prueba de lo que decía, que adujese algún testimonio de la verdad de sus palabras, pues tan graves y extraordinarias afirmaciones ¿cómo se podrían admitir sin suficientes testimonios?... Porque claro estaba que su testimonio en favor de sí mismo podía ser sospechoso y parcial.

Por eso Jesús les dijo:

«—Si yo diera testimonio de mí mismo mi testimonio no sería fidedigno. Pero hay otro que da su testimonio en mi favor, y sé que el testimonio que da en mi favor es verdadero. Ya vosotros enviasteis una comisión a Juan; y Juan dió testimonio en favor de la verdad. Pero yo no busco testimonio de hombres: y, si os digo esto, es por salvaros. Juan era una antorcha que ardía y brillaba, y vosotros os regocijasteis una hora a sus resplandores. Pero es mayor que el de Juan el testimonio que yo tengo. Porque las obras que el Padre me ha concedido obrar, esas mismas obras que yo hago, dan testimonio de quién soy y de que el Padre me ha enviado. Y el mismo Padre que me ha enviado ha dado testimonio de quién soy».

Al oír esto debió alguno decir que no habían oído la voz, ni visto la figura del Padre, y que ¿dónde estaba esa palabra y testimonio del Padre a que él apelaba? Y Jesús dijo:

«—No habéis oído nunca su voz, ni visto su figura: no tenéis su palabra permanente entre vosotros, porque al que os ha enviado él no le creéis (es decir, porque aunque yo soy su Palabra que estoy vivo entre vosotros, vosotros no me tenéis por tal Palabra). Pero escudriñad las Escrituras, ya que en ellas pensáis que tenéis la vida eterna; y ellas os dan testimonio de quién soy. Y ¿no queréis venir a mí para tener vida! Yo no recibo gloria de los hombres!»

¡Magnífico discurso este de Jesucristo! ¿Vosotros me pedís padrinos que abonen por mí? Yo os los daré. Os podría dar el del Bautista, y ya vosotros lo debéis recordar, porque ya sé que fuisteis a preguntarle por mí y él os dijo bien clara la verdad. Pero no os quiero traer ese testimonio, y, si os lo recuerdo, es por facilitaros la salvación. Pero yo no os voy a dar testimonios de hombres. Os voy a traer el testimonio de Dios mi Padre, y lo conoceréis en los milagros que hago y me ha concedido hacer. Y, si me decís

que no tenéis su palabra, ni le habéis oído, ni visto; aunque realmente tenéis entre vosotros su palabra, que soy yo, pero como no me creéis a mí, os diré que reviséis las Escrituras en las cuales, sí, creéis, y en ellas encontraréis bien de testimonios en las profecías, por las cuales podréis saber quién soy yo.

Pero como los viese que a pesar de tan irrefutables ratiocinios, a pesar de no encontrar réplica, perseveraban en su rabia e incredulidad, terminó su discusión con una enérgica y vehemente peroración, diciéndoles:

«—Pero ya os conozco, que no tenéis en vosotros amor de Dios. Vengo yo en nombre de mi Padre, y no me recibís. Vendrá otro cualquiera en su nombre, y a ese le recibiréis.

»¿Cómo podéis creerme vosotros, si estáis buscando la gloria unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene de solo Dios?»

Y quizás al decir esto, así como replicaron en otra ocasión, según veremos, replicaron en esta a Jesucristo, que ellos creían a Moisés, queriendo con esto sobreponerse a la autoridad de Cristo, pero Jesús les dijo:

«—No creáis que yo tendré que acusaros ante el Padre. Ese Moisés en quien vosotros esperáis es el que os va a acusar. Porque si creyéseis a Moisés, me hubierais también creído a mí. Porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos ¿cómo me vais a creer a mí?»

Oh! qué admirable retrato de los incrédulos de nuestros días! Siempre son los mismos, hijos de la misma raza, hermanos legítimos de los judíos, rebeldes y contumaces.

No creen a los milagros, no creen a las razones, no creen a Jesucristo, Verbo divino, que viene en nombre de Dios, y lo prueba!

Y creen a cualquier otro que venga en su nombre, sin pruebas, sin razones, sin fundamento ninguno! Y la razón de no creer no es otra sino porque los ciega su ambición de honra mundana, su anhelo de alabanza y gloria terrena y su carencia total de amor de Dios. La vanidad, el vicio, el pecado, el apego a las cosas de este mundo, el despego de Dios, esa es la causa de la incredulidad, lo mismo ahora que en tiempo de Jesucristo.

No lo olvidéis; dice así el Señor:

«No queréis creer, porque no tenéis amor de Dios.

»No me recibís a mí que vengo en nombre de mi Padre y haciendo milagros, y creéis a cualquiera que viene en su nombre particular y sin pruebas ningunas.

»¿Cómo podéis creer si sois unos ambiciosos de gloria mundana y no gustáis de la gloria que viene de solo Dios?»

»¿Cómo podéis creer si no tenéis amor ninguno de Dios?»

Exacto! Palabra de Jesucristo! Esto mismo os dirá Jesucristo a los incrédulos el día del juicio...

77. LOS DISCÍPULOS COGIENDO ESPIGAS POR LOS CAMPOS

(L. 6, 1-5; Mc. 2, 23-28; Mt. 12, 1-8)

Volvieron de Jerusalén los Galileos, y renovó Jesús sus ministerios en aquella tierra predilecta. Y era un sábado, un sábado que San Lucas llama *segundo primo*, y que no sabemos bien qué fecha era, pero que sin duda era uno de los sábados después de Pascua y próximos a ella.

Jesús había salido por los campos de Galilea y se metió con los suyos a pasear por entre los sembrados.

Las mieses ondeaban doradas y ya casi maduras al sol y los discípulos tenían hambre. Señal de que no era muy cómoda y regalada su vida. Era ley del Deuteronomio esta: «Si entras en la viña de tu prójimo, puedes comer las uvas que quieras, pero no puedes sacar nada fuera de la viña. Si entras en la mies de un amigo tuyo, puedes cortar espigas y desgranarlas entre las palmas, pero no puedes segar con hoz».

Los discípulos, pues, comenzaron a cortar espigas y deshaciéndolas entre sus palmas las comían. ¡Mal pecado! porque era sábado y estaban por allí algunos fariseos espiándolos. Los cuales, horriblemente escandalizados de tanta maldad, les dijeron:

«—¿Cómo hacéis lo que no puede hacerse en sábado?»

En efecto, la ley de Dios no contenía estos rigores tan absurdos, pero los fariseos habían multiplicado enorme y ridículamente las prohibiciones. Así en la ridícula casuística, que ellos solían discutir, bajaban a ejemplos y minucias

como estas: un viajero a quien la noche del viernes sorprendiese en el camino, no podía pasar adelante. No era lícito escribir seguidas dos letras del alfabeto, ni dar friegas a un reumático, ni matar un insecto inoportuno, ni llevar una carga por pequeña que fuese, ni echar a los animales más grano que el necesario, para que el resto no germinase y se pudiese pensar que se había sembrado. Al que se le torcía un pie o una mano no se le dejaba meterlo en agua fría; al que se le rompía un hueso no se le permitía arreglarlo: fuera del peligro de muerte no era lícito llamar al médico ni poner remedios. Y otras ridiculeces por el estilo.

Ya hemos visto y veremos todavía más que uno de los defectos que más frecuentemente echan en cara los fariseos al Señor es la violación del sábado. Y es que Jesús, no solo él menospreciaba tales ridiculeces, sino que desde luego a sus discípulos los había acostumbrado a prescindir de ellas, y contentarse con guardar la ley, que a nada de esto obligaba.

Los fariseos, pues, reprendieron a los discípulos y no contentos con esto se llegaron a Jesús y le dijeron:—Advierte que tus discípulos están haciendo lo que no puede hacerse en sábado.

Entonces Jesús tomó la defensa de sus discípulos y se puso a explicar a los reprobos, cómo la Ley no mandaba nada de aquello que ellos decían, sino que por el contrario autorizaba la conducta de sus discípulos.

«—No habéis leído, les dijo, lo que hizo David cuando se vió en necesidad y tuvo hambre él y los que estaban con él? Cómo entró en la casa de Dios, siendo Abiatar príncipe de los sacerdotes, y cómo tomó los panes de la proposición y los comió y los dió a los que le acompañaban? y eso que (*de suyo*) no era permitido comer de estos panes ni a él ni a sus compañeros sino sólo a los sacerdotes? Y no habéis leído también en la Ley que en el templo los sacerdotes violan el sábado los sábados, y a pesar de eso no incurren en pecado? Pues mirad, aquí hay uno que vale más que el templo. Se ha hecho el sábado por los hombres, y no los hombres por el sábado. Pero si supieseis aquello de *Más quiero misericordia que sacrificio* no hubierais condenado a estos inocentes. Y además el Hijo del hombre

es Señor también del sábado». Que era decir: yo soy Señor del sábado y puedo dispensar en él si es necesario.

78. EL DE LA MANO SECA

(L. 6, 6-11; Mc. 3, 1-9; Mt. 12, 9-14)

Y vino otro sábado. Y entró en una sinagoga para enseñar. Y estaban ya los escribas y fariseos acechando a ver si curaba en sábado para hallar materia de acusación. Y para más tentarle le preguntaron: ¿Es lícito curar en sábado?

«Sabía bien él sus pensamientos, y dirigiéndose al hombre de la mano seca, le dijo:

»—Levántate y sal al medio.

»Y levantándose salió. Dijo entonces Jesús a aquellos:

»—Os voy a hacer una pregunta. ¿Es lícito en sábado hacer bien o mal? salvar la vida o perderla?

»Callaban ellos. Entonces Jesús les dijo:

»—¿Qué hombre hay de vosotros, que tenga una oveja, y si ésta se le cae en una hoya un sábado no la agarre y la levante? Pues cuánto más vale un hombre que una oveja? Luego se puede hacer bien en los sábados.

»Y echándoles a todos una mirada de ira, y apenado por la ceguera de sus corazones, dijo a aquel hombre.

»—Extiende tu mano.

»El la extendió y la mano recobró la salud como la otra.

»Mas ellos se llenaron de rabia, y saliendo de allí conjuráronse con los herodianos para buscar modo de perderle».

79. RETIRADA A GENESARET

(Mc. 3, 7-12; Mt. 4-25; 12, 15-21)

«Mas Jesús que lo supo retiróse con sus discípulos a la costa, y mucha gente de Galilea, de Decapoli y Judea le fué siguiendo. Y oyendo lo que hacía vinieron a él muchos de Jerusalén, de Idumea, de los alrededores de Tiro y de Sidón».

Debió ser aquella retirada una marcha triunfal. El mesianismo estaba desplegado por todas partes. El pueblo ardía de entusiasmo. Las turbas se arremolinaban alrededor de Jesu Cristo. Donde quiera que se presentase el Nazareno se

precipitaban los sanos a oír al joven Maestro, los enfermos a tocar al misericordioso Taumaturgo, los demonios a sujetarse y postrarse ante el Señor omnipotente. Lo oprimían lo empujaban hasta el mar. Dicen así los Evangelistas:

«Advirtió a los discípulos que se le pusiese una lancha para que la turba no le oprimiese. Porque, como sanaba a muchos, se le echaban encima todos, deseando tocarle cuantos tenían enfermedades. Él los curó a todos, pero les mandó que no le descubriesen. Y los espíritus inmundos cuando le veían se le postraban, y gritaban diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Mas él los increpaba con vehemencia que no le descubriesen.

»Para que se cumpliese así lo que estaba dicho por el profeta Isaías: He aquí mi siervo a quien he elegido, mi amado en quien se agrada mi alma. Pondré en él mi espíritu, y él anunciará el juicio a las gentes. No reñirá, ni clamará, ni oírán nadie gritos suyos por las plazas. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humea hasta que saque victoriosa la justicia. Las naciones pondrán en él sus esperanzas».

80. ELECCIÓN DE LOS APÓSTOLES

(L. 6, 12-16; Mc. 3, 13-19; Mt. 10, 2-4)

Mortal era la vida que Jesús había elegido, y sus planes eran salir de esta vida muy pronto y antes de dos años y sin haber puesto el pie fuera de Palestina, ni haber predicado en tierras gentiles.

Pero en cambio iba a fundar una religión que durase por cuantos siglos durase el mundo, y se extendiese por todas las tierras y llegase a ser católica y universal. Para esto, ya que él iba pronto a desaparecer del mundo, estaba formando discípulos que con su autoridad y doctrina prosiguiesen después y propagasen la obra que él estaba fundando.

Muchos iban ya siendo los que oyendo su celestial doctrina y viéndola confirmada con tantos y tan patentes milagros se le juntaban con más o menos sincera voluntad y firme decisión. Como suele suceder algunos, irían y volverían, inconstantes y variables, otros le seguirían a ratos y

cuando les daba el humor, otros más decididos y aficionados le seguirían constantemente todo el tiempo que pudiesen. Muchos habían venido llamados por el mismo Maestro, otros de su propia voluntad, alguno tal vez sin quererlo el mismo Maestro y con torcidos fines.

De todos modos la idea de Jesús era escoger para su gran empresa algunos discípulos, no muchos, estables y permanentes no fluctuantes, que desde el principio de su vida pública observasen y fuesen compañeros y testigos de sus obras y doctrina. «Vosotros seréis mis testigos en Judea, en Samaría y hasta lo último de la tierra». Por lo cual cuando muerto Judas Iscariote, quisieron sustituirle con otro, San Pedro solo propuso como candidatos a los que habían sido testigos de todo cuanto Jesús desde el principio había hecho.

Para ello Jesús los hizo amigos e íntimos suyos, perpetuos comensales y compañeros, dueños de todos sus secretos. «No os llamo siervos, les decía una vez, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor. Os he llamado amigos, porque todo cuanto he oído a mi Padre os lo he revelado».

A estos Jesús quería hacerlos apóstoles, es decir, enviados plenipotenciarios y embajadores suyos, que así como él había venido enviado de su Padre, así ellos fuesen enviados por él al mundo. «Como a mí me envió el Padre, así os envío yo a vosotros». El primer Apóstol y Pontífice de nuestra fe, fué Jesucristo, como le llama San Pablo. Apóstol del Padre que solo había de predicar como él mismo lo dijo, a las ovejas de Israel, sin salir a los gentiles. Pero este Apóstol y Gran Pontífice nuestro había de enviar a los gentiles otros Pontífices y Apóstoles en su nombre y con su autoridad.

Viendo, pues, ya congregados a su alrededor muchos que se le ofrecían por discípulos, y no queriendo él admitir a todos como apóstoles determinó elegir doce, los que él, según sus insondables juicios, prefirió entre todos. Y un día de aquellos salió a orar al monte que a dos leguas del lago de Tiberíades y cerca de Cafarnaúm, se levanta casi aislado, y hoy es llamado Monte de las Bienaventuranzas, porque en él las predicó Jesucristo.